

PRESENTACIÓN

Sebastián García Vázquez, narrador del corazón

"Si traes tu verdad en los labios, habla aunque no pases por sabio" Géuve a Sebastián García Vázquez.

El recientemente fallecido pintor jienense radicado en Sevilla desde los primeros años de la postguerra española, Miguel Pérez Aguilera, dijo de Sebastián García Vázquez, allá por 1983, que "es ya un clásico, un artista de personalidad diferenciada, que ha mantenido su línea sin desviarse un ápice, y sin embargo, los avatares de los estilos que han dado carácter al arte de hoy no hicieron de él un pintor del pasado. Su realismo es actual, vanguardia, que se opone a un arte imitativo sin más ni más, creativo, sustancial, con un sello personalísimo inconfundible, que le coloca entre los privilegiados".

Estos comentarios definen a la perfección, sin dejar a un lado el grado de amor y consideración a su persona, al maestro por tantos años en una Sevilla a la que no pintó con el corazón, pero a la que sí dejó buena parte de su sabia y rica vida artística, desde 1943 a 1983.

lo escribe y sentencia un artista que supo armarse de valor, arrojo, compromiso y decisión de estética de vanguardia, sólida y con argumentos, desde el ateneo de su Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. Y, además, en una ciudad y en una sociedad donde, como bien arguye la profesora Anna María Guasch, "no su-frió, al contrario que el de otras capitales de provincia, una especial situación de corte generacional y mucho menos de represión cultural" tras la Guerra Civil española. Una Sevilla de tradición y con tradiciones repujadas a fuego y vuelo por todas sus capas sociales, en nada enamorada al cambio de vanguardia, donde, como con humor relata el propio García Vázquez, "vender un cuadro, en aquellos años, era más difícil que alcanzar una cucaña".

Desde que en 1995 sintiéramos la "necesidad" de realizar una ex-posición retrospectiva⁵ - Sebastián García Vázquez (1904-1989), Museo de Huelva, noviembre de 1995 / enero de 1996- que acercara la singularidad y buen hacer de este pintor de Huelva, siempre habíamos tenido una idea bien clara: sacar a la luz el libro De pintura y de Géuve, compendio de pensamientos y situaciones que el propio autor justifica en el prólogo del mismo como "había llegado la hora de dar descanso a mi vista, que había dejado de ser la que fue, una vista bastante buena, la que necesitaba como pintor. Mas como yo tenía que matar el tiempo -lo mismo que él hace con nosotros- se me ocurrió que una forma de matarlo podía ser ponerme a escribir lo que fuera; pero esto de escribir lo que sea no es tan fácil hacerlo como decirlo". Pero, además, en esa muestra "casi" antológica como en otra posterior, de carácter colectivo, portadora de la verdad pictórica de una periferia peninsular desconocida que atiende como Huelva, que en el año 2000 organizamos bajo el nombre de El discurso de la pintura onubense en el siglo XX. Una mirada retrospectiva , se nos vino a la cabeza una de las frases más emocionantes, tristes y cargadas de su aplastante modestia, que decía, perdón, que dice, pues afortunadamente este libro ya es de todos: "¿me gustaría (...) que en una exposición que se organizara dentro de cien años estuvieran representados todos los pintores de Huelva y se hubieran olvidado de mí? ¡Qué disgusto más grande sería el mío!".

Olvidarse de García Vázquez, supone trascordarse la verdad y perder, armado de sinrazón, muy propia de los hombres, la línea de la objetividad histórica. Y más, en una tierra - "la vieja y pequeña Huelva, siempre moderna"- donde las bondades artísticas no afloran con tanta intensidad como en otros lares, caso de la Sevilla que durante tantos años le acogió, si bien ésta tampoco le reconoció como debiere. En 1934, cuando le concedieron la Primera Medalla de la Nacional, un manto de silencio se apoderó de la prensa y sociedad locales. No así ocurrió con el otro gran triunfador, por ende, otro onubense del Andévalo, de Nerva, Daniel Vázquez Díaz, motor de generaciones, imagen a un culto, celo cultural, seña de identificación y, en el caso, como es natural, orgullo de pertenencia, el mito que engloba a los hijos del arte provincial a lo largo de sesenta y cinco años de ejercicio profesional. A los pocos días, el silencio se convirtió en lisonjas, monumentos conmemorativos, calles, lauros e inevitables homenajes para el pintor de la Puebla. Unos llegaron, otros, palabras y gestos rolados por el viento. Menos mal que Manuel Siurot, Adriano del Valle, Martín Castaño, Chaparro y el propio Eugenio Hermoso, como anteriormente Rogelio Buendía, acudieron a la llamada de la razón y no a aquélla, apresurada y calurosa, que se contagia con inusitada eventualidad de la dirección del aire para perderse rauda por los vericuetos del "no me acuerdo". Este aire, soplo efímero, como siempre, pone las cosas en su sitio. García Vázquez siguió en el silencio del campo, grande, muy grande, después de 1934. Y en el olvido casi permanente. Vázquez Díaz, también gran-de, en el silencio de continencias gestuales clásicas. Y continuó en la boca de todos.

Hoy escribimos una introducción al autor y al libro, brevedad que en una próxima edición podamos tener la oportunidad de desarrollar con un amplio, riguroso y necesario estudio del pensamiento vertido por Sebastián García Vázquez y/o Géuve en estas páginas y en otros tantos artículos firmados por el autor de Pastoral en prensa y revistas sevillanas y onubenses, un pensamiento armado en la raíz de su obra, una narración fiel, de corazón, modesta y honda a la par, inteligente y sin complejo, a una obra delicada, maravillosa, ingenua en muchos momentos -"el pintor, cuando sobre su arte opina, sin pensarlo arrima el ascua a su sardina"-, en nada retrógrada, diría todo lo contrario, y ajena a gustos y modas. Un pintor, en definitiva, dueño absoluto de un lenguaje y de un proceder plástico y estético, que buscó en la verdad pictórica la realidad de su naturaleza natal, la Puebla, su único universo, "para pintar tanto o más con la inteligencia y la sensibilidad que con la vista".

Esa ingenuidad, clave de su maestría, clave de su realismo diferente, despertó la admiración del inefable, y también escasamente reconocido, auténtico artista total, otro envenenado de alma huelvaña, Adriano del Valle, que calificó su obra, no sin razón ni atrevimiento, de "primitivo moderno". Y qué decir de otro olvidado, pintor y crítico como el autor de Telefonía Celeste, nacido como García Vázquez en la Puebla, Francisco Pompey, que escribió que su pintura era de "un simpático y luminoso concepto de primitivismo". Pero, ¿qué significa este libro para la obra pictórica de García Vázquez y para la bibliografía artística andaluza y española? Para su obra, indudablemente, contagiarse de su universo, implicarse más si cabe en el artista que "pinta el campo" - eso de paisajista es de turista, defendía él -, adentrarse a través de sus ojos y palabras vividas en Sevilla, Huelva y la Puebla de Guzmán, ese punto real y concreto de la descomunal y mágica región, como apartada del resto de paisajes y costumbres de la provincia, que atiende al misterio nominal de Andévalo. Para la bibliografía, no un libro más, sino todo un complemento directo para conocer más lo que ha sido la pintura en Huelva y Sevilla durante el siglo XX, pues, no volvamos a olvidar que Sebastián García Vázquez es una

pieza imprescindible en el panorama artístico en ambas ciudades, dejando en Sevilla cuarenta años de enseñanzas.

El libro, "me considero con derecho a escribir las ideas y ocurrencias", supone un cuadro indeleble de su producción donde la vista no se pierde en pinceladas menudas sino en palabras sin ambages, todas cargadas de corazón sensible. El autor, indudablemente superior al pintor al escritor, se impregna de la misma riqueza, franqueza y naturaleza narrativa para componer sus trozos de realidad. Si queremos alcanzar episodios particulares, de Sevilla y Huelva, o de España en el siglo XX, como es obvio, aquí nos regalan con templanza a veces, con ironía otras, relatos sentidos y tan fieles a su pensar como sus verdades pictóricas "bien hechas". Si queremos conocer la Puebla a través de su palabra -el otro modo, infalible, sus cuadros, que descubren "la luz de las mañanas radiantes y gloriosas y cielos sin nubes" de los campos del Andévalo-, este documento, junto con su obra también escrita El Pino de la calle Larga, nos cautiva.

No es primoroso en la narración, ni tan "detallista" como en su obra pictórica. Es rápido en la reflexión, sin tapujos, "con derecho a escribir", en contra de su "lento" proceso de ejecución plástica. Pero, ¿qué nos deja Sebastián García Vázquez, al margen de sus vivencias, en torno a la pintura de su época? Su pensamiento, su grito, como ocurriera con su maestro Hermoso, en contra de un poder preestablecido, para él injusto y alejado de lo que la pintura es y debe ser.

"En los últimos años, en la madurez de mi vida, me ha dado por ir intencionadamente y meditadamente contra la corriente del arte de hoy". Aquí hallamos, una vez más, otro elemento de unión con Eugenio Hermoso, al que él, curioso, nombra sólo en estas páginas como "mi primer maestro", destacando más los flujos y reflujos con Cristóbal Ruiz y Evaristo Valle. Ambos, en sus obras pictóricas y literarias, arremeten con una ironía lacerante con todo aquello que se aleja del realismo costumbrista de sus obras. Las razones fundamentales de García Vázquez se cobijan en el desplazamiento de su concepto estético, de la voracidad, a menudo injusta, volátil y pendenciera, del mercado y la crítica de su momento - los "fenicios" del arte, les denomina - y del olvido institucional y social, no así el de sus alumnos, siempre agradecidos, al que es sometido. Todo ello le hace refugiarse en su mundo particular.

No sólo Hermoso y García Vázquez escriben y estallan sobre el papel reflexiones de impotencia ante lo que ellos califican como injusticias. Además, en sus obras pictóricas finales, sus personajes dejan la bondad de sus miradas, el ejercicio de narrativa objetiva y construcción crítica, para adentrarse en un mundo que estremece por su fiereza y mordaz alegoría. En Hermoso, cercano al último Goya; García Vázquez, con máscaras que nos recuerdan suavizadas e ingenuas en ejecución a Mateos y Solana, ridiculiza a toda una sociedad "Vicente", como él la llama. Tras esas máscaras, como en el teatro clásico, aparece su otro yo, Géuve, aquél que osa con palabras poner las cosas en su sitio.

¿Qué opina García Vázquez del arte actual, el arte con el que convive y lucha en permanencia desproporcionada?

Para él, todo el mal que se cierne sobre las artes, en general, y la pintura, en particular, es fruto del rarismo, "el común denominador de gran parte del arte moderno"; del absurdo, "me gustaría que todo el mundo entendiera de pintura" pues, prosigue Géuve, "al fin y al cabo al

arte tal vez le vaya mejor lo de sentir que lo de entender"; y de la carencia de tema en la obra de vanguardia, que al que crea que "es lo de menos" su "teoría se le derrumba". Van Gogh pintó unas botas viejas y muchos "han visto el cielo abierto", lo que no significa que todos los que siguieron por esa senda tuvieran el talento del "alucinado y desdichado" pintor de Groot-Zundert. Todo este cúmulo de desaciertos producen "monstruos" sin sentido que pueblan orgullosos y libres el panorama actual, y "que ni al demonio se le ocurre" pintarlo. Y no nos podemos olvidar, recordándonos una vez más al maestro Hermoso -¡qué vida y pensamiento tan paralelos!- su ataque contumaz a los críticos y a los pintores modernos, creadores de los males mentados, que desprecian el pintar y todo lo que contrae el oficio y la historia, citando de ejemplo a Isidre Nonell -sobre una de sus gitanas decía "no se ve más que el mantón pardo (...) el moño y la punta de la nariz"-; Joan Miró, del que "no dice nada, pero no hay que extrañarse, porque tampoco dice nada de los astutos con cara angelical que parecen no querer nada, no ambicionar nada, ni de los que por suerte son agraciados con el premio gordo de Navidad; porque en el arte parece como si hubiera también una lotería"; y del que "siempre" está en todas partes, Pablo Picasso, "que nunca me ha gustado". Los impresionistas, Rosales, López Mezquita, Hermoso, Romero de Torres, Sorolla, Zuloaga, Zubiaurre, Ruiz o Evaristo Valle constituyen, con sus modos plásticos y estéticos, la continuidad en movimiento de la pintura de todos los tiempos, que alcanza su cénit con Velázquez y Goya.

Sebastián García Vázquez fue un pintor de su tiempo, dueño de un espacio del que se apoderó con la misma contundencia que él escribió de otro grande de la pintura de Huelva, Pedro Gómez. Ambos, soberanos de unos trozos de tierra de los que nadie ha discutido ni reclamado la propiedad. El de Sebastián García Vázquez, grande e infinito, misterioso y envuelto en silencios de almas y honduras pro-fundas: el Andévalo; el de Pedro Gómez, un trozo de tierra quebrada, alta, dolida, tapizada en alegrías de pinos y chorreadas de cadmios desde una leve altura donde se otea el despertar a la mar del estuario de Huelva: el Conquero.

No fue un retrógrado, ni mucho menos, aunque su pensamiento así lo manifestase; fue el mismo discurso de la vida el que le hizo detener ante el hermoso, y no comprendido, avance de un nuevo proceder estético (la vida misma), y refugiarse en la soledad de la pluma una vez perdido el norte físico de la vista para dar vida a lo que más amaba: pintar. Dijo sí, con palabras y hechos, a la libertad, sí a la "libertad artística, que últimamente ha llegado a ser impertinente e insufrible libertinaje, y en algún caso libertinaje tonto". Esa libertad la regaló con sus enseñanzas y con sus cuadros, verdadero y manifiesto grito de libertad humana, no lo olvidemos.

Desde estas letras, dar la enhorabuena a la Fundación Caja Rural del Sur por esta apuesta que le honra. Nunca es tarde y más cuando la sensibilidad despierta para dar un libro que llenará un vacío. Los amantes del arte, en general, han de estar felices. Sebastián García Vázquez tiene quien se acuerde.

Jesús Velasco Nevado

PRÓLOGO

Hace más de un año que, por razón de mi no poca edad, tuve que soltar definitivamente los pinceles -por la fuerza ahorcan y hay que resignarse-. Había llegado la hora de dar descanso a mi vista, que había dejado de ser la que fue, una vista bastante buena, la que necesita un pintor. Mas como yo tenía que matar el tiempo -lo mismo que él hace con nosotros- se me ocurrió que una forma de matarlo podía ser ponerme a escribir lo que fuera; pero esto de escribir lo que sea no es tan fácil hacerlo como decirlo.

A uno -a cualquiera- se le ocurren ideas, a veces no pocas,- pero no cuando uno quiere, sino cuando ellas quieren acudir -son muy caprichosas las ideas-, espaciada y frecuentemente cuando no se tiene la pluma y el papel a la mano ni se ha pensado en cogerlos.

Pero un buen día -esto de un buen día es un decir- me encontré unas cuartillas escritas por mí hacía varios años en las que con poco orden y deslabonadas estaban algunas ideas que, a mi parecer, no habían envejecido como los papeles y como éste que os habla.

Esas cuartillas fueron el punto de arranque para ir llenando otras y con todas juntas formar este pequeño libro. Como si la humanidad no tuviera de sobra libros, librillos y libracos y no pensara en otra cosa más que en leer.

Yo no creo que, aparte de a los pintores -y no a todos- este libro pueda interesar a muchos, porque al público, a cada uno, lo que le interesa es aquello que pertenece a su profesión, o que entra de algún modo en ella, o que coincide con sus gustos y aficiones.

Con esto no quiero decir que la pintura, tema principal de este libro, no tenga fuera de los profesionales algún que otro aficionado, pero éste es rara avis, vuela por otros campos y sólo por un momento se posa en las parcelas del arte.

Son los pintores -y las pintoras, claro está, que no son pocas ahora- los que se embriagan con la pintura, siendo ésta lo que más les interesa -a cada uno la suya como es natural- y tanto, que se olvidan con frecuencia de lo obligados que están a llevar a casa, como todos los mortales, el pan nuestro de cada día; y a ser posible un poquito más.

Mi temor principal siempre que me he puesto a escribir no es que los que me lean no estén siempre de acuerdo con lo que yo diga -cosa muy natural- sino que mi expresión no sea clara y sí confusa. Tengo verdadera fobia a lo confuso y a lo enredado. En la escritura y en todo. Yo no sé si habré caído también en esa falta. Es muy posible, porque mi profesión no ha sido la de escritor y por lo tanto no he ido por la vida interesado en aprender palabras con el diccionario al lado y recogiendo y guardando material literario para su posible utilización.

El pintor va por la suya buscando y reteniendo colores y observando formas. Cada cual va a lo suyo y por eso el mundo marcha adelante. Además, que por mucha voluntad que se ponga, no siempre se consigue lo que se quiere; en mi caso ahora menos, porque mi inteligencia a ratos no está lo suficientemente despejada para estos menesteres. Y si es la memoria, cuando la necesito, me encuentro con que se me ha ido; no me guarda la menor consideración; no me es fiel.

En cuanto a que muchos pintores y críticos disientan de mis ideas y opiniones, lo comprendo, porque hablar de arte y en particular de pintura es hablar, no ya de la mar, sino del Cosmos - esto lo saben muy bien los críticos profesionales- y también porque de por sí es un tema de lo más controvertible que hay.

También tengo que decir que si, en lugar de escribir sobre los extraterrestres o sobre espiritismo, escribo sobre pintura, extraña matemática, pura incógnita donde dos y dos no son cuatro, sino lo que a cada uno le dé la gana, porque el arte es así -y todos a callar porque hay peligro y porque al buen callar llaman Sancho, no Quijote, que el Quijote habla aunque lo muelan a palos-, es porque, aunque tengo dejada la pintura como actividad, no se me va del pensamiento -han sido muchos años de coyunda- y así como cualquiera y hasta cualquierilla habla, habla y habla, y pinta, pinta y pinta, yo no tengo por qué ser menos y, aunque sólo sea por haber tenido mucho trato con los pinceles, me considero con derecho a escribir las ideas y ocurrencias que van repartidas, no con mucho orden por cierto, en este pequeño libro que yo, por ser su autor, no puedo -y bien quisiera- saber si está bien, mal, o regularmente pensado y escrito.

Algo más tengo que decirte, lector, y esto es lo más interesante para mí y por lo mismo no quiero dejarlo en el tintero: que ya que estás en el umbral de este libro y porque yo bien sé las muchas causas que hoy existen para no leer, te ruego que pases adentro y que sigas adelante. Acaso la segunda mitad la encuentres algo amena o interesante. Adelante y gracias si por suerte soy atendido.